

particularmente à la Familia de la Observancia, este Santo Pontifice verdaderamente Pio; fuera materia larguissima: por cuya razon me ha parecido hazer memoria solo de aquel favor tan honorifico, en que à los *Vicarios Generales de nuestra Observancia concedió su plenaria Autoridad, para inquirir, corregir, y absolver el crimen de la heregia, à qualquiera otro de sus Subditos, que socaese al Tribunal de la Santa Inquisición* cautelando por este medio, que tales causas no falliesen à Tribunales forasteros, por el escandalo que, de salir, fuelen padecer los seculares, viendo comprehendidos en tales delitos à los Religiosos. Y aunque es así, que *este Privilegio está ya revocado con justísimas razones, dignas de nuestra veneración, por otros Sumos Pontífices; de modo, que oy no tiene ningun valor, ni efecto*: todavia hemos querido hazer esta memoria, para contestacion del sumo afecto, y devocion, con que nos miró este piadoso Pontifice. Y por sí à la primera vista pareciese el referido Privilegio exorbitancia de la Piedad: debemos prevenir, *asistieron tales motivos en aquella ocasion à la Silla Apostolica, que le pareció tocaba ya en especie de*

justicia, remunerar con este, y semejantes favores los relevantes servicios de la Religion à la Iglesia; los quales estaba el Papa tocando por sus mismos ojos. Ello es cierto, que asíantes, como despues de averle sentado en el Trono Pontificio, vió repartidos por el mundo mas que muchos hijos de la Religion Seráfica; empleados, vnos en el reforme univèrsal de las costumbres; otros, en la extirpacion de las heregias; otros en las conversiones de innumerables infieles; y otros, en los Concilios Generales; y otros, en las Campañas contra los Turcos; y todos firmando, y confirmando el nombre Cristiano, respectivamente; en vnas partes, con la sangre; en otras, con la pluma; en otras, con la Predicacion; y en otras con virtudes, milagros, y profecias. Pues sitantos, y tales servicios de los Religiosos Menores à la Iglesia Catholica, tocó Pio II. por sus mismos ojos, segun consta de las Historias; no es de maravillar, que se desahogase su piadoso corazon con la concesion del Privilegio referido, y otros semejantes.



(X)

LIBRO SEGUNDO.
VIDA DOCTRINALISSIMA
DEL EXTATICO VARON EL
B. Fray Bombisio de Luca, Ilustre Hijo
de la Familia de nuestra Regular
Observancia.

CAPITULO PRIMERO.

PATRIA, PADRES, JUVENTVD, Y VOCACION
Religiosa del Beato Fray Juan Bombisio de Luca.



VN Seneca Cristiano, y vn Caton Religioso sale al teatro de esta Chronica en la vida, y maravillosas maximas de espiritu del Extatico Varon de Dios el B. Fr. Juan Bombisio de Luca: por que en la verdad sus operaciones fueron de Heroe, y sus Sentencias de Oraculo. En lo natural fue su capacidad clara, y profunda; en lo sobrenatural, muy enriquecida de soberanas ilustraciones. El centro à que se enderezaron todas las lineas de su espiritu, fue su desprecio, y abatimiento proprio. Toda su vida estudió en deshazerse, abatido à los pies de los hombres; y Dios cuydó de hazerle crecer en elevado Monte de santidad, compltiendo con los mas altos espíritus. En sus sentencias admirar à el mystico discreto, recogida en poco bulto la preciosidad de grandes volumenes; y en sus exemplos sentira el Cristiano devoto todo el ca-

Parte VII.

lor de la caridad, para fomentar la práctica de virtuosas perfecciones.

La Patria de este Varon insignifisimo, fue Luca, noble Ciudad de la Italia en la Toscana, ó Ducado de Florencia. De sus Padres, aunque ignoramos los nombres, sabemos aver sido de la antigua Familia de los Bombisios; à quien hizieron distinguir con mas que mediana gloria, los grandes Heroes, que en todos tiempos dió à las Letras, y armas. Y ciertamente, que aunque el Arbol de esta Genealogia no se huviera coronado con otro fruto de honor que el del B. Bombisio, le sobraba mucho para calificarse, y darse à conocer por bueno en el campo de lo ilustre. Criaronle sus Padres inclinando desde luego su docilidad à los empleos de la virtud; con que previnieron muy de ante mano aquella viciada inclinacion del apetito à los objetos delectables; y abrieron el camino à la gracia, para que lograse todos sus influxos en el

alma del Angelito. Con esta preven-
cion declarada ya su puericia por el
partido del defengano, miraba con
enfado los juguetes, y divertimientos
de niño, y solo se divertia, y jugaba
con los instrumentos de la mortifica-
cion, usando de disciplinas, y cilicios
de manera que aunque parecian en-
fado de la virtud aquellas penitencias,
eran ya en la realidad ejercicios de
Santo. En consecuencia de esto, ape-
nas avia dexado el pecho, quando se
le observò, que ayunaba à pan, y agua
tres dias en la semana indefectiblemen-
te. Continuando con este ayuno,
quando ya estava capáz de entenderse
con la obediencia (aunque todavia de
muy tierna edad) le dieron à entender
sus Padres, no era de su agrado absti-
nencia tan extremada. Cosa prodigio-
sa! Obedecioles el niño puntualísima-
mente, anteponiendo con verdadera
estimacion el sacrificio de la obediencia
al del ayuno, y supliendole con la
escasez del alimento ordinario, que
con discreto disimulo le cercenaba:
en que diò bien à entender quan soli-
damente iba fundando la gracia el edi-
ficio de aquel Espiritu.

Al passo que se exercitaba en las
referidas mortificaciones, se avivaban
en el entendimiento las luzes del de-
fengano; con que començò à mirar con
tanto horror los peligros del mundo,
que ni aun para examinarles el fondo,
queria detener en ellos el entendi-
miento. Produciale este conocimiento
vna grande inclinacion à la soledad,
hallando en ella la seguridad de con-
ciencia, que, ò se pierde, ò no se en-
cuentra en compania que no sea de
Dios. Conocia muy despejadamente,
que el tesoro del alma, y principal-
mente el de la castidad, estava cerrado
en vaso quebradizo; y para no perder-
le al golpe de los enemigos, cerrò con
gran cuidado las puertas de sentidos,
y potencias inferiores; como el que

fabia que solo por ellas podian hazer
entrada para robarle el Tesoro.

En esta pureza de vida, y bien
instruido en las primeras Letras, Lati-
nidad, y algunas buenas, y decentes
habilidades, que le determinaron sus
Padres, como ornato de las personas
de sus obligaciones; llegò à los diez y
ocho años, quando el espíritu diaboli-
co de conmocion, embidiosio de las
flores de aquella Primavera Santa, es-
forzò quanto pudo, para arrebatarlas,
ò abratarlas, el furioso viento de tor-
pissimas tentaciones, en que el ino-
cente Joven se ardia continuamente.
Acogiendose, empero, al castillo de
la oracion, è invocando el auxilio Di-
vino con todas las veras de su corazon,
y con la solida protesta de que antes
tenia con la sangre de sus venas el ar-
mino de su Pureza, que permitir se
manchasse con la torpeza del impuro
deleyte: calmò la furia infernal; y so-
lo sirvió el vehemente soplo de la su-
gestion maligna, de dexar mas encen-
dida, y resplandeciente la llama de su
amor à Dios, y à la Pureza.

Eran sus Padres hombres de grueso
caudal, con el qual (segun la cos-
tumbre de aquella tierra) exercian con
desembarazo político la negociacion
en otros Reynos: y pareciendoles que
la inteligencia del hijo, junta con su
Christiandad, sin barar en los escollos
del trafico, podia conservarles, y au-
mentarles el caudal, le fiaron todas sus
negociaciones. Y como la luz Divina
le tenia enseñado que mientras el Es-
piritu del Señor no le determinasse
otra cosa; la obediencia, y rendi-
miento à sus Padres debian tener el
primer lugar entre los empleos de su
juventud: se rindiò à poner en execu-
cion lo que le determinaron. En virtud
de esto con las letras, dineros, y cria-
dos que le dieron para las correspon-
dencias, passò à los Reynos de Aragon,
y Portugal; en todos los quales entra-
blò

blò sus dependencias con tan buena, y
Christiana conducta, que diò à sus Pa-
dres crecidos intereses; y à quantas
personas le trataron, singulares exem-
plos de virtudes; especialmente de
verdad, fidelidad, equidad, liberali-
dad, cortesania, agrado, modestia, y
otros semejantes, que le acreditaban
antes tratante del Cielo que negociante
del mundo: y le adquirieron la estima-
cion de los Principes.

Sin embargo de todo esto, tocado
de vn gran temor de los peligros, que
se podian cercar, quando menos lo
pensasse, viendose tan engolfado en
las falazes ondas del mundo; començò
à cargar la consideracion en la seguri-
dad del estado Religioso; y pareciendole
que este pensamiento dispensado
de lo alto era la reseña, con que le llama-
ba el espíritu al puerto de la Reli-
gion; determinò arribar à la de los
Menores, como mas conforme à los
designios de la humildad, y mortifica-
cion, en que se avia criado. Acalora-
da esta resolucion, y dada cuenta de
ella à sus Padres en cartas, por las que
tambien les noticiaba el estado de sus
dependencias: les pidió tan humilde
como resueltamente la bendicion,
para vestir el Abito de nuestro Serafico
Padre San Francisco; poniendoles à
los ojos la libertad, que Dios le daba
para la eleccion de estado; y el estado
tan seguro, siy tan santo, que elegia,
para cautivar la misma libertad en ob-
sequio del mismo Dios que se la avia
dado. Hecha esta diligencia; quiso con
vñ dictamen de prudencia celestial,
calificar su Vocacion, antes de ponerla
en práctica, enseñando en él siglo el
desprecio de él, y la mortificacion de
sí mismo; que en la Religion avia de
professar. Con este designio, se des-
nudo de aquellas galas, que hasta allí
avian sido decente ornamento de la
galidad de su persona; y se dexò ver
en Parte VII.

en publico vestido de vn saco de sayal,
que le daba à la rodilla; para publicar
en él, y con él su christiana resolucion.
Fuera de esto; para hazerle mas ridi-
culo, y despreciable; vnos dias alia à
las calles enteramente descalzo: otros,
con vna media de vn color, y otra de
otro; de modo que aun con menos di-
ligencia huviera ganado los creditos
de loco, que deleaba, para que el
mundo le tratasse con ignominia, y el
quedasse habituado al verdadero des-
precio del mundo. En este tiempo cass
la mayor parte del dia daba à la ora-
cion en los templos; y la de la noche à
varios ejercicios de mortificacion; en
los quales la gente de algun talento,
viendole perseverar por algunos dias
con tan buen concierto, y armonia de
sus operaciones, enmendado el juicio
de lo que à primera vista les pareció
extravagancias de loco; ya le daban
veneraciones de Santo.

No se si por este, ò por otro mo-
tivo, passò de Aragon à Portugals
donde le assaltò vna enfermedad tan
grave como prolixa, que le precisò
(no sin grande consuelo de su pacien-
cia, pobreza, y humildad) à recogerse
se à vn hospital, para curarse. En el
discurso de esta enfermedad, aunque
se hallò, como otro Job, desampara-
do de consolacion humana, y todo
cercado de miserias, nada le affligia,
sino el temor de que por su ingratitude,
y maldad, avia de negarle el Señor el
bien del estado Religioso; y con este
motivo hizo voto de pedir el Abito,
luego al punto que tuviesse salud, si la
Divina bondad se dignaba de conce-
derle tan estimable beneficio. Apenas
hizo el voto, quando adquirió la salud:
con que se hallò empeñado en la fide-
lidad; para cuyo cumplimiento, buel-
to à Aragon, y negociadas de los Pre-
lados las necesarias licencias, se dis-
puso à dar el nombre en la milicia Se-
rafica.

CAPITULO II.

TOMA NUESTRO SANTO
Abito el Beato Bombisio ; professa,
y padete grandes traba-
jos, hasta passar à la
Italia.

Hebrera
Parte 1.
Chronica de
Arag lib. 3.
cap. 30.

Aunque andan tan puntuales
nuestros Chronistas en escri-
vir la prodigiosa Vida de
este Siervo de Dios (hablo con pala-
bras del erudito Chronista de la San-
ta Provincia de Aragon el Reve-
rendo Padre Hebrera) no dizen
en que Convento de los de este Rey-
no tomò el Abito, ni en que año fue
su ingreso en la Religion. En este si-
lencio ay entrada para la conje-
tura; porque aunque sepamos que el
Convento de Monzon era casa desti-
nada, para recibir, y criar Novicios,
hallamos que tambien lo era la de
San Francisco de Zaragoza: con que
en qualquier forma, que lo discurre-
mos, será acafo encontrar con la ver-
dad. Lo cierto es que boiviò al
Reyno de Aragon, y que guiado por
el Espiritu Divino, pidió à los Pre-
lados de nuestra Orden el Abito; y
que conociendo los fervores de su
espíritu, y la seguridad milagrosa de
su vocacion, y mudanza de vida, lo
admitieron para Religioso... y en-
trò en el Noviciado, y professò la
Regla de nuestro Padre San Francisco
en vno de los Conventos de esta San-
ta Provincia; de los que para distin-
guirse de la Observancia, se llama-
ban Conventuales, ò Claustrales.
Hasta aqui el Reverendo Hebrera;
cuya erudicion, azorada con el afecto
de hijo de aquella Santa Provincia, de-
bemos creer, apuntaria este punto hasta
la vltima diligencia: y no aviendo si-
cado à luz ninguna cosa cierta sobre el

Convento del Noviciado del Siervo
de Dios, bien debemos persuadinos,
à que no la ay. Basta, empero, para
gloria de la misma Santa Provincia,
que se ha'e fuera de disputa el titulo
de *Madre de tan llustre hijo*.

Mas bolviendo al progreso de las
virtudes del Beato Bombisio; como
con el tenor de su inocente, y mortifi-
cada vida en el siglo, no tratà la Re-
ligion pasiones algunas, ni refabios
de vicios, que purgar: apenas careò
su alma en la Religion à las luzes de las
influencias Divinas, quando le embil-
tieron de golpe con tal superabundancia,
que en lo que obraba, y hablaba,
mas que hombre parecia vna pura in-
teligencia. Porque como esta soberana
luz era practica, y fecunda; no solo
le descubria el heroico modo de exer-
citar las virtudes, sino que le acalora-
ba, y estimulaba con poderosissima
eficacia para su execucion. De aquí
fue, que en este Varon de Dios, no se
distinguieron en la Religion los fines
de los principios, pues desde el punto
que tomò el Abito, se le viò obrar con
superiorissima elevacion de espíritu.

A consecuencia de esto començò
el Señor, muy desde los principios,
à favorecerle en la oracion con soberanas
mercedes: Y pocos días despues
de professò estando en el Coro, entre-
gado al ocio officioso de la contempla-
cion Divina, exhalando su corazon en
ansias de testificar su amor con el pa-
decer: lo manifestò el Señor dos Cru-
zes; de las quales vna cargaba sobre
nuestra Observancia; y otra, sobre los
ombros del mismo Siervo de Dios. En
lo primero, se le diò à entender, que
amenazaban à la Familia Serafica hor-
ribles monstruos de contradiciones,
conspirando todos à perderla, y des-
pedazarla. En lo segundo entendió,
que se prevenian grandes trabajos à el
en particular, para exercicio de su pa-
ciencia. Causò encontrados efectos

en

en aquel animo puro la referida vision,
è ilustracion: porque à vista de las tri-
bulaciones amenzadas à la Observan-
cia, se dividia su corazon de pena: y
en la inteligencia de la ocasion de
acreditar sus finezas para con Dios, que
se le prevenia en la Cruz de sus traba-
jos, se letificaba su alma. A esta Cruz
se ofrecia gustoso: y por lo que toca-
ba à la de la Religion, pedia al Señor
con fervorosas instancias, lo dispusie-
se de modo (pues todas las cosas le
eran posibles) que de aquella Cruz
resultasse su mayor gloria. Vno, y
otro tuvo felicissimo exito; porque la
Observancia, si bien padeciò las tribu-
laciones que tenemos dichas, y que
aun restan por dezir; quedò victoriosa,
y en paz: y el Beato Bombisio despues
de las innumerables injurias, desprecios,
y villipendios, que referiremos, fallò
tan constante como aprovechado,
dando nuevos quilates al oro de su pa-
ciencia con las experiencias de los con-
trates.

Quando el Señor le representò la
Cruz que le prevenia de trabajos, y
tribulaciones, eructaba el gozo la re-
dundancia de su corazon con estas sen-
tencias: *Males que cargan sobre el deseo
del amor, no pesan: y solo sentirà el peso,
quien procure hurtarles el ombro. To
convertirà la tribulacion en gozo, buscandola
antes que pueda encontrarla; porque, à la
santidad, ella tiene exercar genio; que à
los que la huyen, en alcanzandolos, los
asfige; y à los que la buscan, en hallandola,
los regala.*

El atajo por donde la providencia
Divina conduxo al Beato Bombisio à
la prometida Cruz de sus tribulaciones,
fue lo que à la escasa luz de nuestros
ojos podia parecer camino mas ancho,
y derecho para vida menos trabajosa,
qual era la de la Conventualidad, don-
de tomò el Abito, respecto de la Ob-
servancia. Es certissimo, que quando
el Siervo de Dios bolviò de Portugal

al Reyno de Aragon à dar cumpli-
miento à sus deseos, y voto, yà aque-
lla Santa Provincia tenia algunos Con-
ventos Observantes, ò Reformados,
donde se guardaba la Regla de nuestro
Padre San Francisco en todo su rigor
literal: y de aqui podiamos creer, era
lo mas conforme à la fervorosa Voca-
cion del Beato Bombisio, professar el
Instituto Franciscano mas estrecho.
Como esto, empero, no era lo mas
conforme à los fines de la Divina pro-
videncia, que queria ponerle en el ca-
mino de las perfecciones, por esso
no le levò el Señor de luego à luego à
la Observancia, sino à la Conventuali-
dad.

Tomò, pues, el Abito en esta: y
haziendose cargo desde el punto que
professò la Regla, que la distincion de
los nombres *Observantes, y Conventua-
les* no dividia en aquel tiempo la substancia
de las obligaciones, entablò entre
los Conventuales mismos vn modo
de vida, tan ajustado à la rectitud de
la Regla professada, que ni en vn apice
discrepaba de sus Preceptos. Y como
es tan natural, que entre la vida
dilatada se haga distinguir la estrechez
ò para la alabanza de los que rectamen-
te la miran, ò para el vituperio de los
que con ojos no rectos la notan: repa-
raron los mas de los Conventuales en
el ajustado porte del Beato Bombisio,
glossandole à singularidad caprichosa:
con que de su misma religiosidad vino
à nacerle su mas cruda perfeccion.
Obedecia à los Superiores con execu-
cion tan pronta, como si para caminar
sin detencion al precepto tuvieran alas
sus pies. En los actos de humildad, y
desprecio de si mismo, era sagrada-
mente ambicioso; en la pobreza, ex-
tremado; en la oracion, y sequito de
Comunidad, fervoroso, y continuo.
Y sin que nada de esto entrasse en
cuenta para la aprobacion de su espi-
ritu, se le reprochaba, y censuraba

de

de estravagante; porque traia vn Abito vil, y remendado; porque no vsaba de lienzo; porque andaba descalzo continuamente; porque se daba al ayuno; y en suma, à la puntual observancia de todos aquellos rigores, que se contienen en la Regla de nuestro Seráfico Patriarca. Estos, pues, fueron los materiales, con que se levantò casi hasta las nuves la maquina de persecuciones de este Siervo del Altísimo. Reprehendianle los Superiores à cada passo; y acriminando como delitos de desobediencia las observancias rigidas de la Regla, en que, ò el abuso, ò la costumbre tenia dispensados à los Conventuales; se facaban frequentemente penitenciado à la Comunidad, donde se castigaban con duros azotes. De los subditos, vnos le miraban con ceño, otros le trataban con enfado; este le impropereaba de caprichoso, el otro de sobervio; y todos à vna conspiraban en mortificarle con palabras, que llegaron à ser baldon; y con obras, que nuestros Historiadores las colocan en la classe de la inhumanidad. Pero à la manera que del fino pedernal, herido à repetidos golpes del eslabon faltan innumerables centellas; de las quales vna, à otra al fin suele ser incendio; y luz; así de la finísima constancia, con que el Siervo de Dios sufría los golpes de tales yerros, vinieron por vltimo à difundirse centellas de luz que iluminaron las tinieblas de los mismos que le perseguian; de modo, que despues de tres años continuos de los referidos trabajos, se bolvió casi en todos el concepto de las cosas de este Siervo de Dios, aviendo parado en estimacion, y aplauso, lo que hasta allí corrió de estimacion; y vituperio.

Mas como la virtud de este finísimo amante de Dios, avia ya llegado à aquel punto, en que con vn metamorfosis (tan cierto à lo experimentado

de la gracia, como incomprehensible à lo rudo de la naturaleza) en que la tristeza se buelve gozo, la amargura dulzura, el pesar placer, el dolor delicia, el vituperio alabanza; y al contrario, el descanso se convierte en cruz; el honor en mortificacion, la conveniencia en penalidad, los placeres en pesares, y las flores en espinas: podemos dezir que solo comenzò à padecer, quando cesaron sus trabajos; y à penar, quando le saltaron las penas. Movióse toda la harmonia de su vida (en que durò hasta la muerte) sobre estos dos vnicos polos: *Amar la Cruz; y el desprecio; y aborrecer el regalo; y la estimacion.* Como esto, pues, era su fin; donde no le hallaba, estaba vicio; lento; y de aqui nacia aquella que parecia inconstancia, ò veleidad de animo en mudarse de vnos Países, y Conventos, à otros; y no era fino herocidad altísima de su espíritu.

Al fin, experimentado, que ya los Conventuales de aquella Provincia, no solo no le trataban con el vilipendio que su humildad pretendia; sino que pensaban en darle empleos de honor à él, por el contrario, resolvió huir de los honores, como pudiera el mas sobervio, de las ignominias.

Con este designio, aunque al precio de muchos ruegos, alcanzò de los Prelados la bendicion, y licencias necesarias, para passar à morar en la Cantabria, cuya Provincia corria con fama de muy observante de nuestra Seráfica Regla. Puesto en camino, se le juntò vn Joven, Cavallero de vno de los Ordenes Militares; el qual edificadodo de ver la exemplarísima modestia, y mortificacion con que el Siervo de Dios hazia su viage à pie, y enteramente descalzo, se le aficionò de modo que se empeñò en hazerle compania, hasta que le dexasse en su Convento. Esta, empero, se continuò en él; porque el Joven (que debía de

ser bien afecto à las cosas de la piedad) se dexò impresionar de la eficacia con que el Beato Bombisio en el discurso de las jornadas tratò de los engaños del mundo, y seguridad del Estado Religioso, tan altamente que luego que llegó à Cantabria el noble Joven, solicitò, y vistió el Abito de nuestra Religion en el mismo Convento, à que iba destinado el Beato Bombisio.

El Convento es cierto que estaba muy regular; porque se daban en él muchas horas al exercicio Santo de la Oracion mental; el Oficio Divino, se rezaba con devota pausa; observabáse el silencio con exaction indispensable, y à este passo corrian las demás regularidades, que distinguen hermosamente el ordenado modo de vida de la Religion, del desordenado del siglo. Disgustaronle, empero, mucho dos cosas, que por la condicion del País ran frio venian à ser en el casi necesarias. Vna era lo crecido de la racion, ò pitanza que se ministraba à cada Frayle en el Refectorio; y otra, los Abitos forrados en pellicos, para fomentar el calor. Esto, y principalmente el aver experimentado que los Frayles le trataban con demasiada estimacion, y agasajo; fuesse, porque el Provincial de Aragon le tuviesse recomendado por sus letras; ò fuesse (y seria lo mas cierto) porque los exemplos de virtud tan singular pedian como de justicia aquel trato, y estimacion: le movió à solicitar del Señor se dignasse de manifestarle, si seria conforme à su Divino beneplacito pedir al Superior licencia, para ir buscando en distintos Conventos ocasiones de su desprecio propio. Y aviendo entendido que sí, con aquella certeza que causan las verdaderas Revelaciones del Cielo: entablò sus pretensiones, diciendo al mismo tiempo al Prelado, ser estas conformes à la voluntad de Dios.

Esta proposicion fue llave, con que se abrieron de par en par las puertas para otra persecucion atrocísima, que le tenia prevenida la permission Divina en aquella Provincia de Cantabria. Porque reputado desde entonces, así del Prelado, como de los Subditos por vn animo altanero, inconstante, leve, iluso, y fantástico, no solo no se le concedió la licencia que pedia, sino que le hartaron de oprobios, y contumelias, inculcándole muchas vezes la del irrisorio nombre de *Espiritu ambulativo*. Quando este, ò el otro, para convencer de ilusion su intento, le arguia con la experiencia de verle opuesto al Prelado; cuya voz es el mas seguro interprete de la voluntad Divina, respondia llena de paz el alma: *To manifestè lo que Dios me mandò: agora haze el Prelado lo que el mismo Señor le dicta. En las soberanas determinaciones no caben aun tiempo mismo, y consideradas de un mismo modo, el Si, y el No: pero dexad que tras vn tiempo venga otro, y vereis bien claro, como à este tiempo del No, se sigue el tiempo del Si.* Así fue; porque dentro de pocos dias interriormente mudado el Prelado, le diò licencia, para que en cumplimiento de sus deseos, passasse à otros Conventos de la misma Provincia sucesivamente, segun le moviesse el impetu del espíritu.

Con este salvoconducto iba mudando Conventos, informandose, para passar de vnos à otros, no de los ayres mas saludables de los territorios; sino de los de mas recia condicion de los Prelados; y donde estos ayres herian con mas fuerza, allí hazia su morada. Y despues de aver logrado en algunos Conventos con muchos intereses de su humildad, y paciencia gran parte de sus deseos; vino à parar en otro Convento, donde siendo Guardian tenia por Vicario (segun la practica de aque-

aquellos tiempos) à vn Lego, muchacho, iracundo, y tan falto de capacidad, como de años, de letras, y espíritu. Este, pues, en haziendo ausencia el Guardian (y hazialas muy frecuentes) se entregaba en el Beato Bombiso, de tal manera que no avia baldon ignominioso que no le dixesse; escarnio, que no le hiziesse, ni castigo que no executasse, hasta llegar al de los azotes. No fueron pocos los dias que estuvo en este Convento cogiendo à manos llenas el fruto de los desprecios, que con tanta codicia iba buscando; hasta que rendida la fuerza de la perfecucion vino por vltimo à ceder à la paciencia, y sufrimiento de este Siervo del Altísimo. Con esto pasó à vna Casa de Estudios, donde aviendo corrido entre los Estudiantes Jovenes plaza de loco de buen humor (por que la corta capacidad de ellos no podia medir el fondo de sus mysticas sentencias, en que comunmente hablaba) se entretuvieron algunos dias con su desarmada paciencia, haziendole mil burlas, y todas pesadissimas. En el Refectorio disimuladamente, ò le quitaban la comida, ò se la mezclaban con agua, ò le escondian la cuchara con que avia de comer la menestra. Otras vezes las burlas eran golpes, y los golpes veras. En resumen, padeció tanto en la Provincia de Cantabria, que pudo equivaler à Martyrio, segun el dicho conteste de los Historiadores. Mas esta fue la purificacion de espíritu que le determinó la Providencia Divina, para comunicarle despues superabundantissimas influencias de su Divinidad en Soberanos ilapsos, que exceden toda nuestra ponderacion.

Pasadas estas cosas, solicitó licencia, para passar à la Italia, con animo de quedarle para siempre en el Convento de Nuestra Señora de los Angeles de Porciuncula. Negaronlela por dos, ò tres vezes los Prelados; pero in-

sistiendo en que era la voluntad de Dios, no se atrevieron à negar lo que pedia; porque yà, con las repetidas experiencias de su virtud, avian llegado à formar de su espíritu vn altísimo concepto.

Obtenida, en fin, la licencia, determinó visitar, antes de salir de España, algunos devotos Santuarios de Nuestra Señora; lo qual executó, haziendo sus viages con mucha edificacion de los Pueblos; pues à mas de mendigar su sustento de puerta en puerta, andaba siempre totalmente descalzo, con vn Abito pobrísimo, y vil, sin defensa alguna para los extremados frios, y destemplanzas del ayre, y de otras inclemencias inexcusables en caminos tan largos.

En vno de ellos aviendo llegado à vn lugarillo muy pobre, se halló de repente affaltado de vna fuerte, y maligna calentura, que le cortó los passos, para proseguir el camino. En este conflicto se recogió al hospital, en que halló mas consuelo, que reconocerle verdaderamente *Casa de pobres*; porque à mas de estar tan ruinoso, y desahogado, que no bastaba à defender de los vientos al Siervo de Dios, carecia de todo. El pobre hombre que cuidaba del dicho, y yà dicho hospital, se affligia sumamente, porque veia que la enfermedad se agrababa, y no hallaba forma de asistir al enfermo, no solo con Medico, y medicinas; pero ni con el preciso alimento. Conoció el Siervo de Dios en lo triste del semblante, el cuidado, de su huesped, y le consoló con tan dulces como eficaces palabras, persuadiendole à que no podia faltar la providencia Divina à los pobres, que se arrojan en ella con firme confianza. Así lo iba experimentando; pues aviendo corrido por el Pueblo la voz del Religioso enfermo, se movió muy de corazon aquella gente, aunque tan pobre, à

no faltarle en lo preciso. Entre tanto la enfermedad se iba agravando; y como para su curacion no tenia el Siervo de Dios mas recurso que la misma Divina providencia, se ponía enteramente en sus manos, haziendole rendidísimo sacrificio de su salud, y vida. Ardía la calentura; pero mucho mas su amor; y desaparecido el vn fuego en el otro; como suele la luz de vna antorcha en la misma luz del Sol: solo se percibian las llamas de la caridad, à cuya violencia moria. Llegó, en fin, al vltimo peligro, recibidos los Santos Sacramentos; y quando yà la muerte tenia enarbolado el brazo, para executar el golpe, se le detuvo el Señor, satisfecho del sacrificio de su Siervo con la verdadera preparacion del animo. La mejoría fue corriendo viento en popa, de modo que à breves dias se halló capaz de continuar sus jornadas à la Italia; adonde finalmente llegó, aunque con sumo trabajo; porque segun escriven los Historiadores, no solo los pies, descalzos, y heridos con las espinas, y piedras; sino tambien las rodillas; le iban corriendo fangre, à causa de que con ellas desnudas solia frequentar en el camino la devocion de andar las estaciones de la Via Sacra.

Entrado en la Italia estuvo muy cerca de su Patria la Ciudad de Luca; pero como yà se avia descarnado de todo lo que era siglo, y solo vivia como espíritu morador del Cielo, no quiso entrar en ella, ni darse à conocer à otro que al Ministro General de la Orden, que à la fazon se hallaba en Florencia. Puesto à los pies de este su Prelado, y aviendofelos besado con rendidísimo espíritu, en consideracion de que representaba la Persona de Jesu-Christo, y despues la de nuestro Serafico Patriarca: le pidió licencia, para quedarle à vivir en alguna de las Provincias de la Obsevancia de Ita-

lia; y el General hecho cargo de las razones que le representó para esta suplica, se la concedió benignamente, señalándole para su mansion vno de los Conventos de la Provincia de nuestro Padre San Francisco, que tambien se llama, la Provincia de *Astis*.

CAPITULO III.

PROGRESSOS DE LAS virtudes del Beato Fray Juan Bombiso entre los Observantes de Italia. Comunicale en ella el Rey de Aragon. y à ruegos de este Principe pas-sa otra vez à aquel Reyno, de donde se buelve desconocido.

Con el consuelo mismo que el naufragio infeliz arriba al descaido puerto afido de vna tabla, despues de superados los pavorosos riesgos de vna desecha tormenta; llegó el Beato Bombiso al Convento de nuestra Obsevancia de Astis: y como si entonces saliese del mundo, y entrasse en la Religion con los primeros fervores del desengaño; luego que se vió entre los Observantes, estimulado de tanto religioso exemplo: comenzó con nuevos alientos à acalorar su espíritu en el exercicio de todas las virtudes. Y como en el campo de estas (principalmente de las Teologales) por mucho que se camine, siempre se van descubriendo terminos de horizontes interminables: iba el Beato Bombiso adelantandose en ellas cada dia mas, y mas: hasta que se hizo digno de los elogios, que le dan nuestros Chronistas, hablando de la grande perfecucion, à que ascendió en este Santo Convento; y son los siguientes. *Vaso lleno de toda virtud: espejo purissimo de la modestia, y la honestidad: Zelador de*

la santa Pobreza; norma de la obediencia; amante dulcissimo del mayor bien de sus hermanos; Protector de los Pueblos; y verdadero Siervo de Nuestro Señor.

Con la practica, pues; repetida, y elevadissima de las demás virtudes, que son el fomento del amor santo, crecieron las llamas de este Varon extatico, de manera que no parecia sino que arrojaba rayos de Divino fuego por los ojos, incendios en las palabras, volcanes en los suspiros. Como espíritu endiosado andava siempre suspenso; y gobernando los ojos al impulso del corazón, allí se fixaban ellos, adonde este dirigia las alas. Por esta causa venia à suceder casi continuamente, que andaba de vnas à otras partes, como desforado de sí, con la vista clavada en el Cielo, y el corazón, y todas las potencias arrebatadas, y como colgadas de aquel dorado clavo de amor de que pendia su alma, y con el qual avia marcado su apetecida esclavitud.

Como los resplandores de tanto fuego no podian ocultarse, esparciöse en ellos la fama del Beato Bombisio por diferentes Provincias de la Italia: y con la noticia de sus concias, y claras respuestas en las consultas, y dudas de Mystica Theologia, venian de Conventos muy distantes muchos Religiosos à consultarle graves materias de espíritu como à vn Oraculo Celestial. Viviendo en Perosa este Maestro de la Mystica, concurrió con aquel Varon Insigne en virtudes; y Santidad el Beato Francisco de Ticinio, ò de Pavia; cuyas virtudes heroycas; y prodigiosos Milagros tenemos escritos en la Sexta Parte de esta Chronica. Pues este Varon Santo aviendo tratado largamente al Beato Bombisio, y siendo preguntado de algunos Religiosos graves, que concepto avia formado de las cosas de su espíritu tan peregrinas; y del universal aplauso, con que comenzaban à enfa-

zarle las gentes? respondió: Juzgo que el tesoro es grande; pero el vaso fragil. Noticiado el Beato Bombisio de esta respuesta, y revestido de vna alentadissima confianza en la gracia Divina, que dexò mejor puesta la humildad, replicò pronto: No podrá quebrarse el vaso, mientras le tenga Dios en su mano.

No se estancaba esta fama del Siervo de Dios precisamente en el recinto de nuestros Conventos; ni en los aplausos solos del vulgo: porque llegó tambien à los Principes; y entre estos al Rey de Napoles, y Aragon Alfonso el V. que motivado de las voces de esta gran fama de la santidad del Beato Bombisio, negociò con el Vicario General de la Observancia, que se le embiasse à Napoles, y à su Palacio. Gran golpe fue para la humildad del Siervo de Dios este mandato; pero sin embargo de esso, reparado con la obediencia, hubo de sacrificarse al piadoso gusto del Principe. Este, que con razon adquirió el renombre de Sabio, aviendo fondado con la perspicacia, entendimiento, y profundidad de su juicio la virtud, y fabiduria celestial de su santo huesped, hizo de él tan elevado concepto, que confesaba llanamente, avia quedado corta la fama en aplauso de Varon tan grande.

A consecuencia de esto le desabrochò toda su conciencia; no solo por lo que tocaba à las cosas de ella como persona particular; mas tambien à las que pertenecian al buen gobierno de sus Reynos; y aviendo hallado para todo luz, consuelo, defengao, y seguridad, dize el erudito Hebrera (citados otros Autores cuyos nombres calla) que lo hizo su Confessor. La contestacion, empero, de esta noticia quede à cargo de los que la escriben; porque nosotros, ni para aprobarla, ni para reprobala tenemos positivo fundamento. Verdad es que para lo vno, no dexamos de reparar en el

silencio de nuestro grande Annalista, que examinò con sumo estudio quanto pudo ser fundada gloria de nuestra Religion, y sus hijos; y escribió con especial afecto, y mas larga pluma de lo que acostumbra; la Historia del B. Bombisio. Y para lo otro, no nos desagrada lo que escribe el P. Hebrera en las palabras siguientes: „Era Sacerdote el Siervo de Dios, y algunos quieren que huviesse sido Confessor del Rey D. Alfonso, poniendolo entre sus Confesores; en que no encuentro repugnancia, hallandole Sacerdote, ilustrado con ciencia Divina, y siendo Consultor, y Director de las cosas de su Real conciencia: con cuyas circunstancias era facil la licencia así de los Prelados de la Religion, como de los Señores Obispos para oír confesiones. Mas dexando esto aparte; para estar el humilde Siervo de Dios con mortificacion de su humildad, y de su abstraccion en Palacio, sobrabale estar en él; pero aviendose juntado à esto el trato de los Aulicos; tan obsequioso de reverente que casi tocaba en adoracion: es cierto que su mortificacion pasó à martyrio; y martyrio tan intolerable, que no pudo aguantarle largo tiempo. En esta suposicion habló con humildad resuelta à aquel Soberano, diziendole: Señor, dos motivos solos, à lo que yo entiendo, pudieron asislar à V. R. Magestad, para traerme à Palacio, arrancandome de mi retiro: vno, satisfacer la devocion de la piedad; otro, las dudas del interior. Para lo primero, y à me ha tenido V. Magestad consigo, lo que basta: para lo segundo, lo que sobra. En esta confidencion, pide à V. Magestad, no yo, ni aun mi estado, aunque pudiera; sino la misma justicia, que me permite la buelta à mi Celda; sino quiere cargarse con los riesgos de mi alma; ò compenarme con vn continuado tormento, el consuelo que ha tenido

Hebrera
tom. 10. lib.
3. cap. 31.
n. 273.

su interior (como V. Magestad lo asegura) en la comunicacion de mi inutil, y despreciable persona. Y en resumen, si el poder de V. Magestad se empeña en tenerme consigo por medio de la obediencia, yo podrè negarme à obedecer: pero será muriendo con Christo obediente hasta la muerte, y muerte de Cruz. Era el Rey igualmente piadoso, y discreto; y oyendo expresiones tan vivas al Siervo de Dios, no quiso comprar su consuelo al coste de tanta mortificacion del B. Bombisio; y así le respondió: Que tenia licencia para retirarse, siempre que quisiese; pero que avia de deberle, que entre el deseo del vno, y repugnancia del otro, se partiesse la diferencia con este corte; que passasse à vivir à su Reyno de Aragon, para que por este medio lograsen los vasallos, lo que no podia lograr el Rey. Que para proposicion tan justa, no podia alegar escusa; sa justificada; y puesto que por vna parte la Provincia de Aragon tenia el título, y derecho de Madre, para tirarle à sí, aviendolo dado el ser de Religioso; y por otra, en aquella Provincia se hallaban Conventos de Observancia, no menos reformados, y regulares que los de Italia, donde hallaria Varones muy exemplares, con quien pudiesse vivir conforme à las maximas de su espíritu, y totalmente retirado de los bullicios del mundo. Ultimamente, para asegurar mas el piadoso, y discreto Rey, esta buena dicha, que solicitaba para su Reyno de Aragon, encaminando à él al B. Bombisio: le encomendò negocios muy importantes al bien publico de su Corona. No pudo el Santo negarse à vn intento, que tenía à su favor toda la piedad, y la justicia: y así condescendiendo à las supplicas de aquel Principe, y con las licencias necesarias de los Prelados de la Orden, dexò

à Nápoles, y se encaminò à Aragon.

Emprendido el camino, hizo sus jornadas el humilde Religioso, mas como Embiado del Soberano Rey del Cielo, que del de la tierra: y mas para tratar del bien de las almas que de las Políticas dependencias. Para hazer rectos sus passos, y derecho su camino, no llevaba otra prevencion que la obligacion de hijo de S. Francisco, guardada en su voluntad; y el exemplar de los viages de los Santos Apóstoles, fixo en su entendimiento. Vno, y otro le movian poderosamente, à que continuasse las jornadas à pies descalzos; à que buscasse el alimento de puerta en puerta; y à que solamente descansasse en los Hospitales entre los pobres. En esta forma llegó al Reyno de Aragon, y à vno de los Conventos de la Observancia, que llevaba destinado para su mansion (aunque no sabemos qual) interin que daba expediente al negociado del Rey.

En esto se detuvo algun tiempo, y en todo él vivió con alguna quietud entre los Observantes; porque para no ser conocido de ellos vò del apellido Patronimico de *Bombiso*; y no del de *Luca*, que era con el que su nombre (à pesar de su voluntad) se avia hecho famoso. Mas como no era facil que esta santa simulacion estuviese oculta mucho tiempo, comenzaron à esparcirse rumores, y sospechas de que ya estaba en Aragon el Fr. Juan de Luca tan celebrado en la Italia por su rara fantidad. Zozobrada toda su humildad con esta voz, se puso en alerta, para prevenir el assalto de los aplausos; de modo que tuviese asegurada la fuga; luego que abiertamente se le moviese la guerra. Con este cauteloso temor, previno la materia con tal maña, que ganada por cartas la voluntad del Rey, y las licencias de los Prelados para bolverse à Italia à la Provincia de San Francisco, dispuso su buelta dexando

burlados en Aragon los primeros rumores de su fama.

Quando fue à refrendar sus Patentes, para bolverse, preguntole el Prelado: *si era Hijo de la Provincia de San Francisco en la Italia, y si en ella conocia à Fr. Juan de Luca? Hago memoria de esse Religioso* (respondió) *y dias ha que salgo de essa Provincia.* El Vicario, que era advertido, sospechando, por lo antibologico de la respuesta, que Fr. Juan de Luca era el mismo que tenia presente, le replicó: *Pero à esse Fr. Juan le aveis visto alguna vez? Jamás le he visto la cara* (respondió el Santo) *y ciertamente que aunque he solicitado conocerle bien, no lo he conseguido à mi satisfacion.* Yo *remando* (concluyó entonces el Prelado, asegurando mas en su sospecha) *que si tu eres Fr. Juan de Luca, me lo digas claro; sin rodeo, ni ambologia.* En este estrecho, como ya no podia escapar la humildad, sino por la callejuela de la mentira, ò por el precipicio de la desobediencia, dixo claramente. *Yo soy esse miserable Fr. Juan: y pues ya me conocis, tened memoria de mi, para encomendarme à Dios; por cuyo amor os suplico, querais hazerme la caridad de despacharme, antes que de esta noticia de mi nombre, se levante algun estorbo para mi abio.* Fue tan poderoso este humilde ruego, que al instante, y sin poder contenerse, refrendò el Prelado el despacho, casi borrando con las lagrimas de sus ojos las mismas letras, que iba formando la tinta.

Restituido en fin à su amada Provincia, bolverò de nuevo à entregarse mas desembarazadamente à las dulces tareas, y estudios del amor santo; en cuya escuela de fuego salio Maestro tan erudito, que à los que le consultaban en materias de espiritu inflamaba la voluntad, iluminandoles el entendimiento con las Maximas altísimas, que seiran descubriendo en los Capítulos que se siguen.

CAPITULO IV.

DE LA HUMILDAD DEL Santo Fray Juan Bombiso, y de las sentencias admirables, que dixo cerca de esta virtud.

Para hazer vn altísimo concepto de la profunda humildad del Beato Fray Juan Bombiso, sobrabra lo que tenemos dicho hasta aqui; pues aquella lagrada hydropefia, con que (à mi modo de entender) pretendia apurar el mar de los desprecios, no podia menos de nacer de vn ardentísimo espíritu de verdadera humildad. Mas como los Santos llegan con la execucion, adonde apenas llegamos nosotros con el pensamiento; todavia nos resta que decir; porque el Beato Bombiso cada dia se humillaba mas, y mas. Todo su estudio era, en como se haria ridiculo, y despreciable en los ojos de los hombres (principalmente de aquellos, que le miraban, y trataban con estimacion) de modo que llegasse à vencer, à fuerza de industrias con apariencias de infancias, el impetuoso corriente de sus aplausos.

Para el Abito discurría cada dia nuevos desaliños; dispensando muchas veces el poder de la humildad las leyes de la decencia: y como si al fado, que le cubria, no le bastasse para el desprecio del mundo, ser pobrísimo, y vil; y estar sembrado de remiendos sin arte; se le cesia con tan mal apañò, que à todos causaba risa. En esta figura solia salir à la plaza de Perofa, quando era mayor el concurso, y sacando de las mangas algunos pedazos de pan, frutas diferentes, carne, pescado, y otras cosas à este modo, solia esparcirlo entre la gente. Era esto lo mismo que hazer llamada à los muchachos; y el los

Parte VII.

tenia tan puntuales, y por tan suyos, que al instante se le venian, y le cercaban, logrando muy buenos ratos en la jovialidad de su buen amigo. Otras cosas hazia semejantes à estas, que consideradas por el semblante parecian consecuencias infalibles de juicio desbaratado; y dando muchos la sentencia en fuerza de este parecer, reputaban por loco, ò fatuo al humilde Siervo de Dios.

Confessab ase muchas vezes al dia, y siempre con tales muestras de contricion, y dolor de sus culpas; llorando, suspirando, y dandose recios golpes de pechos: que tambien esto, aun entre los mismos Religiosos, llegó à passar plaza de desvario. Reprendido por ello del Prelado, recargandole, que aquellas exterioridades passando del medio de la virtud, tocaban en el extremo de la imprudencia; y que así se las censuraban, pareciendo mal à todos: respondió con toda la humildad del corazon, diciendo: *Temo los ojos de Dios; los quales, si llegan à escudriñar con rigor las justicias de las criaturas, aun en sus Angeles hallan mancha. Ay de mi, que soy de lodo, y con el mancho mis obras à cada passo.* Por esto, Padre, pretendo lavar-me cada instante, y à que la Bondad Divina nos puso tan franca, y tan à mano la fuente. Sè que en esto agrado à Dios; y por esso cuyo poco de complacer à los hombres.

En el tiempo que passaban estas cosas en Perofa, teatro donde tuvo mucho que lucir la fantidad de este Siervo de Dios, se llegó à su compañero Fr. Serafino Casteli vn Sugeto de autoridad, y le rogò dixesse en su nombre al Santo Fray Juan, que le encomendasse à nuestro Señor, y le hiziesse participante de sus buenas obras. Executado por el compañero, comenzò à llorar el Santo tan amargamente, que dexò suspensos à todos los circunstantes. Estrañando Fr. Serafino la novedad del llanto, y inquirendo la

N 2

cau-

causa de ella; el B. Bombisio hizo pre-ludio à la respuesta con vn profundo suspiro, y dixo: *O hermano que ha de ser de mi, pues aun ay en Perosa, quien vive engañado de lo que soy.*

A este tono fueron muchos los dichos admirables, que à cerca de la humildad dixo este gran Maestro de ella; y tuvieron por bien de escribirlos todos nuestros Chronistas, con el dictamen de que siendo mas provechosos que los Aforismos de los Filósofos Gentiles, deben escribirse entre las Sentencias, y Maximas Christianas de los Santos, y Maestros espirituales, para instrucción de los Fieles. Pues arreglandome aora à tan cuerdo, y fanto dictamen, irè prosiguiendo las Maximas, y Sentencias de este grande Oraculo de la Mystica. Dixo le compañero, que vn Cathedratico de Theologia queria visitarle; y para que el B. Bombisio, arredrado en su humildad no se retirasse, y recomendò para con el al Cathedratico, diziendo: que antes de obtener la Cathedra, se avia exercitado por diez años en oracion, y oficios humildes. Hizolo cueradamente (respondió entonces el Santo) porque à edificio eminente, fundamento profundo.

Quexosele vn Religioso, de que en la Oracion se hallaba muy arido, y seco, sin embargo de que llevaba muy bien estudiados los puntos sobre de que avia de meditar. *Esta obra hermano mio* (dixo entonces el B. Bombisio) *ni es cosa que pende de puntos de estudio; ni se haze à fuerza de brazos. Estudia bien el punto de la humildad; porque si de este punto no cõpones tus lineas, ninguna regla de orar te saldrà derecha. Añade à la humildad lo que sobra à la presuncion, y tendràs mejor oracion. Sabete, que fias en tu industria, y arte, mas de lo que conviene; y por esso pierdes el fruto que deseas. Pues ya conoces lo poco que vales, desconfia de tu industria, y fias mucho de la gracia. Desconfia de ti; que eres nada; y espera en Dios; que lo*

puede todo. Humillate debaxo de su poderosa mano; pon tu voluntad en solo la suya, y veràs como viene à ti su espiritu; porque este no acostumbra à poner su descanso, sino sobre el corazon humilde, y contrito. Replicòle el Religioso: Yo creo, que mejor me fuera ocuparme en otras cosas santas en beneficio de mi espiritu, antes que en la oracion, donde pierdo tiempo. *O! que anzuelo, tan bien cebado del Diablo* (dixo el B. Bombisio) *Hermano, si oy no tienes oracion, con pretexto de obrar; mañana, ni oraràs, ni obraràs: porque para dexar la obra santa, tampoco faltará pretexto. T si aqueste faltasse, dime por vida tuya, se faltará fragilidad? Así; hermano mio, si no tienes bien la oracion, no es el remedio dexarla; sino enmendarla. No se pierde la oracion, ni el tiempo, quando todo le gasta el alma en humillarse delante de Dios. En suma: oracion, à quien acompañan humildad, sencillez, y pureza, nunca dexa de ser fructuosa: porque, al fin, ella limpia; ella ilumina; y ella sustenta; limpia, purgando las heces de las pasiones, y malos rebafios: ilumina, dirigiendo à la perfecta practica de las virtudes; y sustenta, alimentando al alma con el manjar del amor, y celestiales consolaciones. A mi (bolvió à replicar el Religioso) nunca me ha sido la oracion fabrificadora. *No busques el sabor* (dixo el B. Bombisio) *sino el amor; y tendràs el amor, y el sabor. El sabor de la gracia, hermano; y la dulzura de la consolacion Divina, es vna de aquellas cosas, que si se buscan, se pierden: y solo se hallan, quando no se buscan. Pierdete por Dios en la oracion con el amor, y hallaràs el sabor del mismo Dios con la humildad. El Señor es dulce, y recto: humillate con todo el corazon à los pies de su rectitud; y el te subirá à los abrazos, y castos osculos de su dulzura.**

Replicòle mas el Religioso: el maravilloso beneficio de las Llagas de nuestro P. S. Francisco, no le dice que le recibí de Christo por la humildad, aunque la tuvo grande; sino por la me-

ditacion de las mismas Llagas, que fue fervorosa, y continua. *Ay pobrecillo* (concluyó el mystico Maestro) *que rudo estás todavía en el conocimiento de la santa, y verdadera humildad! El amor hizo à nuestro P. S. Francisco, no solo Serafin; sino otro Christo por transformacion: pero esse fuego, dexáme, de que principios salid, sino de las cenizas de su humildad? Abráse en cenizas de conocimiento, y desprecio propio: y de estas cenizas de humildad renació Fenix de amor. Con esto dando vn suspiro, en que parecía arrojar llamas, y arrebatado en extasis, exclamò con admiracion de todos: O humildad verdadera! O humildad de corazon! O humildad! O humildad! Despues aviendo buuelto del raptò, continuò su doctrina, añadiendo: quanto mas alguno presume de si, que puede por sus fuerzas propias huir el mal, ò obrar el bien, tanto mas provoca à la Divina irritacion, para que permitiendole la caída, se desbarate la cabeza en la dura piedra de la satisfacion propia. Del bien, solo Dios es principio, medio, y fin. Presumir de si la criatura, que puede ser origen de algo bueno, es aprender soberbia en la escuela del Demonio. Conocerse, y despreciarse à si mismo, es la mayor prudencia, y la gran Leccion de la Sabiduria de Christo.*

A otro, que vivia bastantemente pagado, y satisfecho de su virtud, le dixo: *Mirad, hermano, los hombres à vezes somos Angeles, y à vezes Demonios. Angeles, quando nos humillamos en la Divina presencia, reputandonos por nada: Demonios, quando à vista de vn Ser tan inmenso, nos persuadimos à que somos algo. El que presume bueno, yà no es malo; sino pessimo. A cierto Varon docto dixo en otra ocasion: No te parezca que sabes ciencia alguna, hasta que adquieras la de tu propio nada. Esta es ciencia de las ciencias, y la que no solo ilustra nuestra ignorancia, mas tambien la que enriquece nuestra pobreza; pues à modo de vna Quimica del Cielo transforma en oro nuestro lodo. El*

Parte VII.

Arte de esta transformacion consiste, en que conocido el vacío de todas las cosas en nuestra miseria con la ciencia de la humildad, recurre à Dios el alma, buscandole para todo; y como el mismo Dios por su Bondad se dexa hallar de los que asile buscan, comunicasíntos à nuestra pobreza, y llena de bienes al humilde, que asile invoca.

A otro Maestro, à quien se hazia duro, que no le estimassen por Docto, dixo el B. Bombisio: *Queréis estimacion de Sabio entre los hombres? Pues hazeos necio por Dios: que, à la verdad, el que no sabe practicar esta santa estulticia, por mucho que sepa en otras ciencias en la de la verdadera sabiduria, ignora los primeros principios. A otro, que guardaba parsimonia en la comida, y bebida, porque no le tuviesen por gloton; dixo: El que en la comida tiene templanza, solo porque no lenoten la gula, no es parco; sino soberbio. Amigo, no es la templanza, sino la soberbia, la que os pone freno à la boca. Si os estimaran por comer mucho, yo os aseguro, que romperais el freno, y cuidarais muy poco de ser templado.*

A otro, que ignorando la respuesta à cierta pregunta, trabajaba en cubrir su ignorancia, afectando la ciencia que no tenía, dixo: No tengas vergüenza jamás de dezir, no lo sé. Esta sola palabra te ahorrará de infinitas con-tiendas, de que acaso no podràs salir, sino con desayre propio. Mas confustion te traerà la simulacion de la ciencia, que la confesion sencilla de tu ignorancia. Aquello es fomento de inquietud, y turbacion: esto, semilla de paz. Lo primero, es soberbia que trae consigo muchas tribulaciones: Lo segundo, es humildad, que las ahuyenta.

En otra colacion de esta virtud entre sus Religiosos dixo así: „ Quanto mas bien obramos, tanto debemos humillarnos mas: porque siendo propios de Dios todos nuestros bienes, quando nos hallamos de ellos mas ricos, estamos mas aducados.

N 3.

„Crea-

„ Creamos, hermanos míos, que
 „ quanto nos faltasse de humildad, tan-
 „ to nos faltará de bien. Quereis saber,
 „ quanto ha subido la fabrica de vues-
 „ tra virtud? Pues medidla por la hu-
 „ mildad; que es la vara de medir de
 „ las virtudes. La caridad es el alma de
 „ toda virtud: pero la humildad, su
 „ hermosura. Espíritu sin caridad, será
 „ cuerpo muerto: pero sin humildad,
 „ monstruo feísimo. La armadura de
 „ vn altar festivo sin el ornato que le
 „ viste, es solo armatoste de palos vie-
 „ jos: y lo mismo el armario de las vir-
 „ tudes en el alma sin humildad verda-
 „ dera. El conocimiento, y la humilla-
 „ cion de sí propio es la primera, y
 „ firme piedra del espiritual edificio.
 „ Si aquella no queda bien sentada, la
 „ fabrica, ò no subirá à la altura, ò fal-
 „ seará precipitada en ruina. El pensa-
 „ miento de ser algo, será centella de
 „ fuego, que abraße toda la máquina
 „ del espíritu. La verdadera humildad,
 „ es vn cierto rayo de luz Divina, que
 „ como del Sol los atomos, así descu-
 „ bre en el alma nuestros mas leves de-
 „ fechos. Aquella fera gran virtud, que
 „ supiere bolverse al termino de donde
 „ salió. Salimos del lodo? Pues bol-
 „ vamos al lodo, considerando con los
 „ ojos del alma, quan vacia está de to-
 „ dos los bienes nuestra miseria. Sali-
 „ mos de Dios, segun el espíritu? Pues
 „ volvamos à Dios, entendiendo bien,
 „ que sin el brazo de su auxilio, nada
 „ podemos obrar que sea meritorio.
 „ Ay! que necios seremos, si de los
 „ bienes de que solo Dios es Autor,
 „ estultamente nos gloriamos. Sere-
 „ mos como vn mosquito, que puesto
 „ en la testa del buey, que aró todo
 „ el día, se gloriaße al anochecer, di-
 „ ziendo: *O quan grande obrada avemos
 „ arado oy!* Os parece gran despropo-
 „ sito el de este mosquito? Pues enten-
 „ ded que es infinitamente mayor el
 „ de nuestra presuncion vana: que mas

„ proporcion tiene el mosquito ref-
 „ pecto del buey, que la criatura ref-
 „ pecto de Dios. En conclusion, todo
 „ lo que es nuestro, sino lo obra Dios
 „ en nosotros, y con nosotros, se ha
 „ de reputar por menos que nada:
 „ pues de que se enoferverce nuestro
 „ polvo, nuestro lodo, y nuestra ce-
 „ niza?

„ Avia vn presumido, que como
 „ Narciso, enamorado solo de sí, des-
 „ preciaba à todos los demás; y dixole
 „ el Santo: *Yà que caygamos en la
 „ tentacion de reputarnos ventajosos
 „ à los otros en virtud, y fabiduria,
 „ comprobemoslo con la obra. Quien
 „ se jacta de ser mejor, está obligado
 „ à probar que es bueno: y quien se
 „ cargasse de esta obligacion, como
 „ no sera tenido por loco? Vsa para
 „ sus ojos el amor propio de vn cierto
 „ velo, que le quita, y le pone, quan-
 „ do quiere, y como quiere. Para ver
 „ nuestras excelencias, y los agenos
 „ defectos, nos dexa los ojos libres:
 „ mas para ver nuestras culpas, y las
 „ agenas virtudes, nos hecha el velo
 „ en los ojos. De aqui es, que magni-
 „ ficar nuestras obras, y embilecer las
 „ agenas, es ceguedad de la mente.
 „ *Escudriñar al proximo la conciencia con
 „ ojos linceos; y no reservar para la nuestra
 „ vna ojeada, es soberbia conocida.* Así,
 „ pues, hallen buena acogida en nues-
 „ tro corazon las miserias de los her-
 „ manos; considerando que *si oy nos
 „ tiene la gracia en pie, podrá dervibarnos
 „ mañana la tentacion.* La humildad, y
 „ la soberbia son dos espejos opuestos.
 „ En la humildad, como se representa
 „ nuestra miseria derechamente, qual-
 „ quier defecto nuestro se descubre en
 „ su propia figura: mas en la soberbia,
 „ como se forman las especies por li-
 „ neas obliquas, todo se representa
 „ muy distinto de lo que es. *Por esso,
 „ quien se mira en la humildad, todo se fa-
 „ ce: quien se atiende en la soberbia, todo*
 „ se*

CAPITULO V.

DE LA HEROTCA OBEDIEN-
 CIA del Beato Bombiso: y de las
 sentencias que dixo sobre
 ella, y las partes de vn
 buen Prelado.

Poco tiene que vencer para refig-
 nar la voluntad, y el juicio en
 las manos del Superior, el que
 toda su vida ha estudiado en rendir el
 corazon, y la cabeza à los pies de toda
 criatura. Por esto hizo el Beato Bom-
 biso passo, tan facil como seguro, de
 la humildad à la obediencia. No tuvo
 movimiento virtuoso jamas, que no
 pendiesse de la voluntad de su Prelado.
 Esta voluntad era el espíritu de su alma,
 y el entendimiento de sus manos; por-
 que nunca se estendieron estas à cosa,
 que primero no la determinasse, y fan-
 tificasse el Prelado con su bendicion.
 Como su humildad à todos los reputa-
 ba por Superiores, formaba para su
 obediencia tantos Prelados, quantos
 eran los Religiosos, que le trataban;
 y à todos procuraba obedecer, en lo
 que no era incompatible con otras
 obligaciones. Mas por lo que enseñaba
 cerca de la obediencia, se dirá me-
 jor lo heroicamente que obedecia;
 porque no enseñó doctrina alguna,
 que no estuviesse primero en sus manos
 que en su lengua.

Hizieronle Maestro de Novicios; y
 como quien sabia de quanta impor-
 tancia era la aniquilacion de la volun-
 tad, y juicio propio, para fundar soli-
 damente el edificio de la virtud: en
 nada ponía mas conato, que en mortifi-
 car estas potencias à sus Novicios.
 Si llegaba à rastrear, que alguno de
 ellos estaba demasadamente apegado
 à su propio querer, aun en las mate-
 rias indiferentes: le hazia executar lo
 con-

„ *seignora.* Preguntado de dos, ò tres
 Religiosos: *quò debian hazer, para agra-
 dar mas à Dios?* Respondió: *O hijos
 carissimos: descendel quanto podais. Re-
 plico e vno de ellos: To desconfio tanto
 de este mi natural soberbio, que si Dios con
 todo su poder no arranca de el la mala raiz
 de la soberbia, para plantar la humildad,
 semo, que jamas he de conseguir esta san-
 tissima virtud.* Pues consuelate hijo (le
 replicó el Santo) *que esso mismo que di-
 zes, yà es humildad.* Avia vn Frayle,
 que sin mas regla que la de su passion,
 media los fuegetos; ensalzando à vnos
 hasta las nuves, y abatiendo à otros
 hasta los abismos. A este dixo el San-
 to: *Essos juizios tan perversos abortos son
 de la preñez de tu soberbia. Asegurate con
 certeza, que si ocuparas toda tu vista en
 conocerme, y juzgarte, no quedarán en ti,
 para mirar à los demás, ojos, ni antojos.*
*Nuestros juizios son vanos, y salaces: y
 solo al Juizio de Dios, que es el solido, y
 verdadero, se debe assentir.* Por esto nos
 dize su Apostol: *Quien eres tu, que juz-
 gas al Siervo ageno? Si cae, ò está en pie,
 juzguelo su Señor. To digo ingenuamente
 de mi, que he gastado quarenta años en co-
 nocerme, y todavia no me conozco.* Estan-
 do para morir el B. Bombiso, rogóle
 Fr. Serafino su Compañero, y Discipulo,
 que le diese algun documento
 breve, y compendio para el mayor
 bien de su alma. *En vna palabra
 sola te le daré (respondió)
 humillate à todos en
 todo.*

contrario; y no le permitia moverse à lo mas minimo, sin que primero para la execucion le pidiese licencia: ni le dexaba el mas leve resquicio, por donde la propia voluntad tuviese respiracion. Con los dociles, y blandos de natural era en estos exercicios menos riguroso: y deziales à todos: Hermanos mios, aveis de saber, que los Prelados son ciertas Imagenes de bulto con alma, que dexò Dios en su Iglesia, así para atemperarse à lo sensible del hombre animal, como para que en ellas, y por ellas le paguen con el rendimiento, y veneracion el tributo debido por el titulo de Nuestro Dios, y Señor Supremo. Mas para facilitaros à esta paga, no aveis de mirar en el Prelado el bulto, sino la Imagen. Quiero deciros: no mireis quanto es, segun el bulto de la naturaleza; sino qual es; segun la Imagen de su dignidad. Por la naturaleza, siempre será criatura: mas por la Imagen, de representacion, siempre es Dios. Si tal vez el Superior no obrase segun esta altissima dignidad, disculpadle, en que el bulto de la Imagen es barro, de cuya condicion nunca se aparta lo quebradizo. Pero como por mas que el barro haga quiebras, jamàs la Imagen de Dios pierde su forma, siempre se queda en el Prelado, como tal, el derecho à nuestra veneracion, y obediencia. Conviene muchas vezes que ellos nos quebranten la voluntad en las cosas licitas, y razonables, para amoldarnos el animo, y configurarle, por medio de vn ciego rendimiento, à la forma del verdadero espiritu. La obediencia, mientras evidentemente no es nociva, siempre es vtil para el alma. Defatine el Prelado en lo que manda; que el Subdito siempre atipará, en lo que obedece. Què me embaraza, que en el Prelado sea el mandato yerro, si la obediencia convierte esse yerro en

oro? No ay regla tan vniversal como la de la obediencia, pues fe esltiene à todo aquello, que no es evidentemente culpa. En los exercicios de casi todas las virtudes, puede entrarfe con algun disfraz el engaño: mas en el de la verdadera, y sincera obediencia, ni toda la sutileza del Demonio hallará, para introducirse, no digo puerta; pero ni resquicio. Rogado el Beato Bombisio de cierto Superior, que delinease la Imagen, ò idea de vn perfecto Prelado: respondió. Mas facil me será obedecer à muchos Prelados malos, que delinear vno bueno. Con todo esto, por no dexar de daros gusto en lo que pedis, dirè lo poco que en esto alcanzo. Pareceme, que el Religioso que por la Prelacia entra à ocupar el lugar de Dios, debe ante todas cosas hazer à sus apetitos, y sentidos subditos de la razon; por que como puede gobernar rectamente à los otros, quien anduvièssè desgobernado dentro de si? Despues de esta precisa diligencia, quite, y arranque de sus entrañas la hiel de toda amargura, y entrañese vn corazon todo caridad. Tome en la mano, para regir à sus hijos, no vna vara de yerro, sino vn cetro de oro. Sea Padre, no tirano. Quando lo pida la necesidad, corrija; si: pero con miel, y leche debaxo de su lengua: castigue; si: pero sobreponiendo su corazon à los golpes. Meta en sus entrañas à los Subditos, y los hallará hijos: no se aparte de su vista, y los tendrá como puestos. Sepa, que por maravilla se desengoca la desemboltura del Subdito, sino à las espaldas del Prelado. Sea vno para todos; como vn Sol, que derrama su luz, y beneficas influencias sobre buenos, y malos. Lueva beneficios sobre justos, è injustos, hasta inundarlos en ellos. Haga lugar en su corazon à dignos, y à indignos; à los dig-

dignos, porque esso es justicia: à los indignos, porque esso será caridad. A los hijos gratos, abrazelos con amor; à los ingratos, con amor; y lastima. Ande por este camino, que es el del medio, el real, y el de la Cruz, si quiere evadir el precipicio de la parcialidad. Mas quando todas estas cosas haga, no espere de los Subditos la correspondencia, sino de Dios; porque es cosa muy practica, y sentada en el comercio de las criaturas, pagar los males de los favores en monedas falsas de ingratitud. Considerese cabeza del cuerpo de su Comunidad, para regirla; no, para dominarla. Conserve la autoridad, y dignidad de Prelado, contentando à los Subditos en el respeto, sin arredrarlos en el desprecio. Confiere muchas vezes con los mas humildes las resoluciones, cuya materia, por facil, y llana, no pida mucha consulta: porque aunque esto no se necesite para el acierto de la resolucion, aprovecha siempre para testimonio de la estimacion. Mas en la determinacion de materias arduas, no consulte con qualquiera; sino con la discrecion, y experiencia de Varones sabios, y temerosos de Dios: y en estas ocasiones, para llegar con mas preszeza al acierto, vaya despacio. Condescienda con los Subditos hasta la raya de lo licito: pero sin passar de alli. Hayase con ellos, en estos casos, como el Padre que niega constantemente al infantiillo lo que pide, porque no le conviene: ò como el Medico, que no quiere permitir al enfermo el gusto que le daña. Sea pa el Prelado, que con tales condescendencias haze dos males; vno à Dios, porque le ofende; y otro al Subdito, porque le pierde. Si puede ser, jamàs corrija à alguno, quando le vea, ò arrebatado

de la ira, ò sumergido en el desconfiò: porque en estos, y semejantes casos, como la razon se halla preocupada de la passion, no tiene la correccion entrada: de donde es, que si ella, como medicamento caustico, entonces no irrita la llaga, à lo menos no la cura. Lo mismo digo respectivamente en el empeño de hazer obedecer con precipitada puntualidad, multiplicando mandatos, à los que arrebatados de passion rompiéron la primera obediencia: porque que será esto entonces sino atizar, y cebar con nueva materia el fuego de aquella culpa? Dese tiempo, pues, à que desembrazados los ojos del humo que los ciega, vea el Subdito el fuego que le devora; que con esso hallará lugar el precepto que le humilla. En suma, solo contra la proterividad de vna desesperada pertinacia debe sotar el Prelado el torrente de la justicia. Mas para què me canso multiplicando sentencias? Toda la Ley, y los Protetas se cifran en el vnico punto del Amor à Dios, y al Próximo: y de la misma manera, todas las Reglas de bien gobernar, se reducen à la Pureza de Conciencia, y rectitud de intencion. Prelado, à quien asistien Intencion recta, y Conciencia pura, recurre à Dios, pidiendo humildemente su luz, y gracia para qualquiera resolucion: y con esse humilde recurso siempre facea del Cielo el acierto.

* * *

